AÑO XLV

EL ECO DE CARTAGENA

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 12968

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 íd.—Extranjero: Tres meses, 11'25 íd.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 25 DE ENERO DE 1905

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

UN MEDIO DE REGENERACIÓN

Han dado principio en los cuarteles las conferencias agrícolas para enseñanza de los soldados.

De tal noticia debemos congratularnos, pues la agricultura es y será por espacio de muchos años, la industria madre de nuestra patria, donde las manufacturas están, por lo general, más atrasadas que en el resto de Europa, ó al menos que en las naciones más adelantadas de este continente, y donde hay tantos terrenos baldíos, susceptibles de ser puestos en cultivo.

El ideal de los pueblos que miran al porvenir, es que cada uno baste á sostenerse á sí mismo, es decir, que produzca lo bastante para no depender de los demás.

Esa producción abarca tres grandes órdenes de especies: primera, el de aquéllas que sirven al inmediato sostenimiento de la población; como son las que proceden de las industrias extractivas, pan, carne, vino, leche, frutas, aceite, etc.; segundo, las que conducen al vestido y necesidades análogas; y tercero; las que tienden directamente á la defensa del territorio nacional, como armas, pólvora, municiones, forrituras, vestuario, bagajes, etc.; de esas tres grandes agrupaciones, indudablemente la primera es la más esencial, porque sin ella huelgan las otras, sin pan no se sostiene el individuo, no se nutre, no vive y no puede exigírsele trabajo, ni esfuerzo alguno; por eso el celo de quienes gobiernan debe dirigirse á favorecer el desarrollo y progreso de la agricultura, procurando que arraigue y se extienda en país tan favorable á la misma, que es y debe ser siempre eminentemente agrícola y pecuaria.

De ahí, respondiendo al ansia de vida y al instinto de conservación despertado en España después de 1898, ha venido el renacimiento agrícola, trayendo por secuela indispensable la enseñanza práctica y teórica de la agricultura en los cuarteles.

Si ésta se lleva á cabo en debida forma, sin regatear sacrificios, para que de los excelentes frutos que de ella se esperan en un período de un cuarto de siglo, ó antes, España habrá alcanzado un alto grado de riqueza, su producción superará á sus necesidades, el problema de las subsistencias habrá desaparecido, podrá exportar la que la sobre á pueblos, como Inglaterra, que jamás producirán lo que necesitan, y habrá entrado de lleno en el camino de su reconstitución, que anhelan cuantos tienen por ella el cariño de verdaderos patriotas.

Pero hace falta, repetimos, no descansar ni un momento, procurando cuanto tiende á instruir á las clases labradoras, sacándolas de la rutina y de la ignorancia y dándoles á conocer los adelantos de la Agricultura moderna.

UNA POESÍA INÉDITA

DE GABRIEL Y GALÁN

A mi amigo el presbítero D. Matías C. Amador, en el día de la celebración de su primera misa.

I

Como el águila caudal
Que se remonta á las nubes,
Tú á la región celestial
Sereno y seguro subes
En alas de tu ideal.

Yo sé tu sencilla historia
Y quiero con ella honrarte
Trayéndola á la memoria,
Para darte mayor gloria,
Y honor más cumplido darte.

La Voluntad increada
Te dió por primer asilo,
Una aldea sosegada,
Y en ella un hogar tranquilo,
Y en él una cuna honrada.

—

Y al borde del nido blando
Donde inocente dormías,
Tú sabrás á quién veías
Siempre á tu lado velando
Cuando los ojos abrías.

—

Tú sabrás qué labios fueron
Los que tu frente besaron,
Y qué brazos te mecieron,
Y qué arrullos te durmieron,
Y qué amores te velaron.

—

Sabrás quién te perfumaba
Del bien con el puro aroma:
Quién á rezar te enseñaba:
Quién á dormir te invitaba
Con arrullos de paloma.

—

Y si ojos amantes vieron
Amenazada tu vida,
Sabrás qué lágrimas fueron
Las primeras que cayeron
Sobre tu cuna querida.

—

Qué amantes ojos se alzaron
A Dios pidiendo favor,
Y qué manos te cuidaron,
Y qué labios murmuraron
Plegarias con más fervor.

—

De dicha y amores llena
Pasó tu infancia serena,
Como pasa la corriente
Del arroyo transparente
Que resbala sobre arena.

—

Y ya fresca y arraigada
La semilla santa y pura,
En tu pecho derramada
Por el alma enamorada
Que te amó con tal ternura.

—

Quiso Dios premiarla en tí,
Y amoroso y providente,
Te dijo el Señor así:
«Mi Santa Iglesia es tu Oriente;
Por él vendrás hasta Mí.»

—

Y emprendistes el camino
Que el dedo de Dios divino
Te señaló con amor...
¡Santo, envidiable destino,
Te reservaba el Señor!

—

Tu hogar querido dejabas,
Porque obediente marchabas
De tus destinos en pos...
¡Ay! De tu hogar te alejabas,
Mas te acercabas á Dios.

—

Y yendo y viniendo días,
Paso tras paso seguías
El camino venturoso...
Ibas por él virtuoso,
Culto y honrado volvías.

—

Y tus maestros te amaron,
Tus padres te bendijeron,
Tus paisanos te elogiaron,
Tus amigos te ensalzaron,
Tus obras te ennoblecieron.

—

Y de su hermano orgullosos,
Tus hermanos te veían
Y te daban generosos
Los pedazos más sabrosos
Del pan con que se nutrían.

—

Porque los goces más santos
Y los mayores encantos
De su tranquila existencia,
Eran ver tus adelantos
En la virtud y en la ciencia.

—

¡Llegaste al fin del camino!
¡Dichoso aquel peregrino
Que toca ya á la frontera,
Que es misteriosa barrera
Tendida ante su destino!

—

Se realizó ya tu anhelo...
Cristalizó tu ideal...
¡Remonta, remonta el vuelo!
¡Sube en tus alas al cielo
Como el águila real!

—

¡Sube, que brilla en tu frente
La llama resplandeciente
Del ungido del Señor!
¡Sube, que el Cielo es tu Oriente,
Y allí te llama el Amor!

—

¡Sube, que está coronada
Por el Señor tu cabeza,
Y no hay corona envidiada
De más valor grandeza
Que esa corona preciada!

—

¡Levanta tu voz entera,
Que á Cristo de esta manera
Lo puedes hoy ya decir:
«¡Cristo, tu siervo te espera
Por Ti dispuesto á morir!»

—

Y nosotros los que vemos
Tu santa misión gloriosa,
También á Cristo [illegible],
Y en tí, Sacerdote, honremos
A [illegible]

—

Pueblo que [illegible]
Pueblo que le vistes niño
Y hoy le ves hombre envidiado:
¡Dale honor, dale cariño,
Que es un hijo que te ha honrado!

—

Y tú, varón, virtuoso,
Que ya de [illegible] celeste
De Cristo ostentas el traje,
¡Recibe nuestro homenaje,
Que aunque modesto, es hermoso!

—

Cantemos, cantemos gloria,
Y de tu triunfo en memoria
Clamemos con alegría:
¡Feliz quien cuenta en su historia
Un día como este día!

II

Feliz te quise llamar
Y ahora tengo que tocar
Fibras del hondo sentir;
Mas bien sabes que vivir
Es lo mismo que llorar.

—

Y hay que afrontar el dolor,
Porque es un crimen hacer
Traición al [illegible] amor.
¡Cobarde y ruin desertor,
Quien huya del padecer!

—

¿Por qué mi lira sincera,
Que ya te cantó dichosa,
No ha de vibrar plañidera
Con la nota lastimera
De tus hondas amarguras?

—

¿Por qué tan sólo decir
Que hoy es día de gozar
Y hoy es día de reir,
Si lo es también de sufrir
Y lo es también de llorar?

—

¡Hay algo aquí que da frío...
Solo, agobiado y sombrío,
Llora allí un hombre... ¡es tu padre!
Cerca hay un puesto vacío...
¡Ay, que no está en él tu madre!

—

Se la llevó Dios al Cielo
Sin que lograse el anhelo
De conocer este día...
Si Dios no fuera consuelo,
¿Quién tu dolor sufriría?

—

nada tonto, con bastante partido entre las muchachas de la aldea.

Después acá.. hace tanto tiempo que falta de Fromenceau,

—Pero su carácter, su profesión, su género de vi' da?..

—¡No queréis saber poco!

Pasaba por un buen muchacho en la época de que os he hablado; ¿porqué no ha de continuar siéndolo al presente?

Daniel se quedó á su vez pensativo.

—Está bien,—dijo como si hablara consigo mismo; —cualesquiera que sean el carácter y costumbres de ese jóven, las extrañas combinaciones de mi tio no pueden ya realizarse, y yo debo limitarme á cumplir pura y simplemente las instrucciones que he recibido...

Dios hará lo demás.

Y prosiguió, despues de una breve pausa.

—Ya podeis marchar; no desconideis nada para corresponder á la confianza que ha depositado en vos un hombre que probablemente no vivirá mucho tiempo...

Bien quisiera,—añadió,—poder daros algún dinero

para sufragar los gastos de las indagaciones que vais á emprender; pero soy pobre y las circunstancias no son muy lisongeras.

No obstante, si necesitais algunos asignados...

Echó mano á su cartera, pero el Guapo Francisco lo detuvo.

—Es inutil; tengo lo que necesito, y concluido el negocio, ya me arreglaré para indemnizarme de mi trabajo...

Pero vamos á otra cosa, ciudadano,—prosiguió con mucho misterio: —¿cerais en efecto, que vos y esa joven señorita no teneis ninguna esperanza de salvación?

No me hableis de «ella»,—prosiguió Daniel con desesperación;—no me hableis de «ella» y de la suerte que le aguarda, por que me voy á volver loco.

El Guapo Francisco fijó en Daniel una mirada penetrante.

—¿No podreis indicarme,—preguntó en voz muy baja,—por qué camino os conducirán los gendarmes?

—Habeis oido decir como yo al cabo Vasseur; esta tarde debemos salir para N..., mañana seremos conducidos á Chartres, á donde llegaremos probable-

chos de abundantes mieses, pero sin variedad, sin árboles y sin verdor.

Una fuerte tempestad que había estallado en aquella comarca la noche precedente, había dejado el suelo salpicado de charcos de agua amarillenta, donde se reflejaban los postreros resplandores del dia.

Interrumpidas las faenas agrícolas con motivo de aquella especie de inundación, la campaña estaba poco animada y solitario el camino, exceptuando alguno que otro grupo de trabajadores, que de vez en cuando se cruzaban con la comitiva, del carruaje dirigiéndose á las granjas vecinas.

Como no podía menos de suceder, el coche y escolta excitaban la curiosidad de los campesinos, á la vez que se veía de lejos acercarse corriendo á la orilla del camino para contemplar aquella siniestra comitiva, y cuando había pasado, decían entre sí con aire de estéril compasión ó de egoísta indiferencia:

«Mas aristócratas que lleva á Chartres para juzgarlos».

El lector habrá adivinado, sin duda, que aquel carruaje encerraba á Daniel Ladrange y á las señoras de Mereville.

Un postillón, adornado de cintas tricolores, dirigía